

El Caos Argentino

La Desintegración del Peronismo

POR ABELARDO VILLEGAS

CASI con monotonía nos llegan de Argentina noticias de asesinatos de militantes políticos, líderes, estudiantes, guerrilleros, militares, universitarios, etc. A través de los cables publicados en los periódicos la opinión pública del exterior sólo alcanza a comprender que allí luchan a muerte diversas facciones y que, al parecer, el gobierno es incapaz de detener esa escalada de violencia que aceleradamente va deteriorando la vida política argentina.

En realidad lo que está ocurriendo es la desintegración, la atomización, de una sola fuerza política: el peronismo. A finales de la década de los sesentas el desacertado arbitraje militar de la política argentina, que se manifestaba o por la presencia de militares en el poder o por las limitaciones con que éstos rodeaban a los gobernantes civiles, hizo aparecer a los ojos de las mayorías la década peronista como una especie de edad de oro popular. De este modo, cuando el general Lanusse, obligado por las circunstancias, permitió la participación del peronismo en las elecciones generales en 1973, la victoria de Héctor J. Cámpora, representante de Perón en la Argentina, fue indiscutible. Y, como todo mundo sabe, la oportuna renuncia de Cámpora hizo posible el regreso y la elección del propio Juan Domingo Perón quien fue proclamado como presidente teniendo en la vicepresidencia a su esposa, como vago trasunto o recuerdo de Eva Perón.

Sin embargo, ya en esos meses de 1973 y 74 era visible la honda división que se gestaba en las filas del peronismo. Por un lado estaban los veteranos, principalmente obreristas, de la "década prodigiosa", de la época en que el reformismo de Perón había aparecido como un dechado de radicalismo, cuando el famoso tercerismo, según el cual el régimen no era ni capitalista ni comunista, parecía transformar al país de agrario exportador en industrial. Y por otro lado, los jóvenes peronistas que eran apenas niños recién nacidos en 1955 cuando un golpe militar desterró al caudillo, que creían

y creen, estimulados por una hábil propaganda, que el peronismo propugnaba un especial marxismo argentino. Han sido estos grupos los que chocaron violentamente desde el mismo momento en que Perón volvió a pisar tierra argentina y entre los cuales se abrió una profunda brecha que muy probablemente el caudillo no hubiera podido cerrar si la vida le hubiera alcanzado.

★

AMBOS grupos hacían y hacen de Perón su propia bandera, porque éste pudo proyectar sobre su país la imagen de un caudillo insustituible que reclamaba ante todo la lealtad como virtud fundamental. Esta lealtad aparece como vivencia suprema entre los veteranos peronistas. Cámpora en México ha declarado lo siguiente a una alumna del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras: "Yo he vivido todas las épocas del peronismo: los dos gobiernos del Presidente Perón. Fui ungido como presidente de la República por él mismo y por decisión natural renuncié en favor del líder y conductor de nuestra patria". Tal declaración que expresa un paternalismo muy típico de los pueblos hispánicos donde se habla de conductores de pueblos y se transforman elecciones populares en unciones carismáticas, se complementa con un no reconocimiento de la fragmentación peronista: "el peronismo, dijo Cámpora, no está dividido en ultraderecha y ultrazquierda... Yo creo que el peronismo es uno solo, sentado sobre sus doctrinas, sus postulados, en el ansia de hacer en la unidad nacional la reconstrucción del país, con el loable objetivo de la liberación nacional".

Gracias a esta lealtad prodemocrática Perón pudo manejar desde su destierro a las distintas facciones de su movimiento y hacerlas creer que las apoyaba en sus contradictorios objetivos. Sin embargo, uno de sus representantes, el Dr. John William Cooke, cuyo epistolario ha sido muy leído